

Disney
PRINCESS
BEGINNINGS

ARIEL hace olas

Escrito por LIZ MARSHAM

ILUSTRACIONES DE THE DISNEY STORYBOOK ART TEAM

Planeta
Junior

Para Nachie. Tenemos las mejores aventuras.

—L.M.

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Ariel Makes Waves*
Título en español: *Ariel hace olas*
Textos: Liz Marshan
Traducido por: Ashanti Rojano García

Primera edición en formato epub: abril de 2020
ISBN: 978-607-07-6642-8

Primera edición en México: abril de 2020
ISBN: 978-607-07-6637-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



Capítulo 1

Afuera del arrecife

—¡Ariel, apúrate! —La chica parpadeó sorprendida. Justo hacía un minuto que ella y sus seis hermanas se preparaban para ir a desayunar y se había distraído con las nuevas esponjas marinas que flotaban al otro lado de la ventana de su habitación.

Eran de un color rojo brillante, casi del mismo tono de su cabello. «¿De dónde habrán salido?», se preguntó. Sabía que los jardineros reales las habían colocado ahí,

pero no podía recordar haber visto esponjas como esas en el arrecife cercano. Tal vez algún día, cuando fuera más grande, podría...

—¡Ariel!

Volteó hacia el sonido de la voz. ¡Cinco de sus hermanas ya se habían ido! Attina, la mayor, flotaba a un costado de la puerta agitando su cola con impaciencia. «Uff», pensó Ariel, «ahora Attina va a querer nadar a máxima velocidad para alcanzar a las demás». Pero Attina tenía trece años y Ariel solo siete, así que, por supuesto, la cola de Ariel era más corta, lo que significaba que no podía nadar igual de rápido. Eso pasaba todo el tiempo. Apenas el día anterior...

—¡Ariel!

Los ojos de Ariel se posaron de inmediato en su hermana, que nadaba hacia ella con determinación en su rostro. «Oh, no». Attina la tomó por el hombro y la obligó a voltear para que quedara frente al espejo, después comenzó a cepillar el cabello largo de su hermana.

—¿Al menos tu corpiño está limpio?

Ariel bajó la mirada con timidez. Llevaba puesto su top favorito: morado y sencillo. Lo había escogido ella misma. Y sí, estaba limpio. Tocó la tira de tela y asintió. Después hizo un gesto porque el movimiento hizo que el cepillo se atorara en su cabello.

—Muy bien. Estás lista —dijo Attina. Ariel se postró frente a su hermana para que la inspeccionara. Mientras ella la revisaba,



su mirada encontró el cabello castaño rojizo de su hermana, peinado a la perfección como siempre, con su tiara de cinco puntas colocada a la perfección como siempre. Attina asintió satisfecha y señaló con un gesto hacia la puerta. «Es tan segura de sí misma», pensó Ariel mientras comenzaba a nadar. «¿Cuándo me sentiré yo así?».

El desayuno ya había terminado cuando llegaron al comedor del palacio. El padre de Ariel, el Rey Tritón, sacudió la cabeza ante su llegada tardía, pero por suerte estaría muy ocupado más tarde como para darle un buen regaño.

—Ariel, escucha a tus hermanas —le advirtió con rapidez antes de marcharse con

sus consejeros para encargarse del negocio de gobernar Atlántica.

Ariel ni siquiera tuvo la oportunidad de preguntarle si podría salir con ellas. Las hermanas tenían tiempo para jugar en el arrecife todos los días después del desayuno. Ariel siempre invitaba al rey, y en algunas ocasiones él aceptaba. Esos eran los mejores días. Ella trataba de descifrar el patrón: ¿Aceptaba más seguido cuando comía un pastelillo extra de alga? ¿O era más probable que estuviera dispuesto a ir en los días en que ella usaba una flor en el cabello? O tal vez...

—¡Ariel!

Levantó la vista de su plato vacío. Sus hermanas se dirigían a la puerta de arco que

llevaba a la salida del palacio; miraban sobre sus hombros a su hermana más pequeña. Andrina nadaba hacia ella.

—¿Sabes?, si te gusta tanto tu plato, puedes llevártelo. Tenemos más. —Andrina mantuvo el semblante serio, pero Ariel sabía que se estaba burlando.

—No, no es el plato. Estaba pensando...

—Ariel siempre se ponía un poco nerviosa cuando su hermana bromeaba con ella.

Andrina se dejó caer en la silla a su lado. Se quitó el cabello corto y rubio de los ojos y recargó su mentón en las manos, lista para escucharla. Junto a la puerta, las cinco hermanas se quejaron impacientes.

—¡Adelántense ustedes! ¡Nosotras las alcanzamos! —les avisó Andrina.



—No podemos irnos sin ustedes ¡y lo sabes! —espetó Alana, la segunda mayor, quien ya tenía doce años—. ¡Las dos son muy pequeñas!

Andrina volteó hacia Ariel y puso los ojos en blanco. Ariel soltó una risita y se relajó.

—Muy bien, hermanita. No tenemos mucho tiempo. Dime qué te preocupa en menos de diez palabras.

¡Diez palabras no eran suficientes para explicarse! Ariel lo intentó.

—Quiero que papá juegue más con nosotras. ¿Pastelillos de alga?

Andrina soltó una risotada.

—Inténtalo de nuevo —dijo Andrina riendo.

—Si papá come más pastelillos de alga, ¿jugará más con nosotras?

Esta vez Andrina contó las palabras con sus dedos.

—Mmm, pongamos que estuviste cerca.

—Parecía que comprendía a qué se refería

su hermana menor—. No, tontita. Cuando papá juega con nosotras es porque puede tomarse un descanso de los asuntos del reino, así de sencillo. Él no se permitiría tomar una decisión así con base en algo como un pastelillo de alga.

Ariel se desplomó en su silla. Por supuesto que Andrina tenía razón. Pero eso significaba que el plan de Ariel de lograr que los cocineros reales hicieran más pastelillos de alga no serviría para nada, ya que...

Andrina agarró la mano de Ariel y la apartó de la mesa.

—Ahora que ya lo hemos resuelto, ¡vámonos! ¡Recuerda que hoy vamos a jugar monta la ola!

Ariel observó a Andrina mientras nadaban juntas hacia la puerta de arco. «Es solo un año más grande que yo, pero piensa rápido y a veces parece saber tanto», pensó Ariel. «¿Cuándo seré yo así?».



—¡Ariel, apresúrate! —gritó Aquata.

Ahí en el arrecife, las tres hermanas mayores (Attina, Alana y Adela, de once años) se relajaban entre el coral, charlando y arreglándose el cabello entre sí. De vez en cuando lanzaban miradas hacia las otras cuatro hermanas para dar instrucciones o hacer bromas.

Las cuatro hermanas menores nadaban arriba de ellas, jugando monta la ola. Ariel estaba entusiasmada y nerviosa; apenas había comenzado a jugar hacía unos meses. La corriente que atravesaba el arrecife de coral alcanzaba altas velocidades, y sus hermanas habían decidido hace poco que ya era lo suficientemente fuerte para escapar de ella antes de que la arrastrara muy lejos. La primera vez que jugó, Ariel se preocupó de no ser lo suficientemente fuerte. «Pero al final estuve bien», se recordó. «Fui más fuerte de lo que creí. Fui...».

—¡Ariel! Vamos. ¡Apresúrate!

Miró a su alrededor. ¡Las otras tres ya habían nadado hacia la corriente! Aquata, de

diez años, le hacía señas para que se apurara. Ariel se impulsó hacia la rápida corriente de agua y soltó un grito de felicidad mientras se dejaba llevar con sus hermanas.

Cuando se liberó de la corriente regresó con dificultad de nuevo en las aguas lentas, Andrina y Aquata la esperaban con Arista, que tenía nueve años. Aquata la miraba con escepticismo.

Ariel bajó la mirada para inspeccionarse.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Creo que acabo de descubrir cómo puedes nadar un poco más rápido —dijo Aquata—. Tienes que deslizarte en ella.

—Se volteó y recogió su cabello largo y castaño para que Ariel pudiera ver su espalda

completa—. Así. —Flexionó sus hombros y su espalda, y continuó con esos movimientos acompañados de un poderoso aleteo de su cola—.

Ahora inténtalo.

Ariel intentó imitarla, arqueando su espalda con elegancia y agitando con fuerza su cola,

pero algo salió mal: terminó torcida y de cabeza. Sus tres hermanas se echaron a reír y, después de un momento, Ariel también.

Aquata la alcanzó y la volteó hasta lograr una posición correcta.

—Aprenderás —dijo—. Solo sigue practicando. Mientras, ¿estás lista para montar la ola de nuevo?

Ella asintió y las cuatro chicas nadaron contracorriente. Ariel observó a Aquata abrirse paso por el agua con poder. «Es tan fuerte», pensó. «A veces no puedo imaginar cuándo seré yo así, incluso con toda la práctica del mundo. ¿Cuándo practicó ella? Me pregunto si...».

—¡*Arieel!* —llamaron sus tres hermanas al unísono. Se había rezagado de nuevo, perdida en sus pensamientos. Con un suspiro, aleteó su cola tan fuerte como pudo e hizo su mayor esfuerzo para alcanzarlas.